

CONTRABANDO DE GUERRA Y OPERACIONES NAVALES DURANTE LA GUERRA DE CUBA (1895-1898)

Hermenegildo FRANCO CASTAÑÓN
Capitán de fragata
Historiador naval

Hablar de Cuba, sin haber estado nunca en esa bella isla, antillana puede parecer un atrevimiento o al menos una figereza por mi parte. Sin embargo tuve la inmensa satisfacción de recalar en Punta Maysi, y navegar a lo largo de la costa sur, hasta la misma boca de Santiago, y divisar entre la ligera calima los fuertes del Morro y La Socapa, para lanzar a poco más de 5 millas una corona de laurel en sentido homenaje de aquellos antepasados nuestros que aún reposan en aquellas aguas. En otras dos ocasiones volví a las proximidades de Cuba, y contemplé los cayos cubiertos de manglares que protegen y se extienden de poniente hasta levante a lo largo de la costa norte, imaginándome la belleza de La Habana, capital del Apostadero de la Habana, hace ahora cien años. Estas vivencias creo que al menos palián o justifican un poco mi atrevimiento de dirigirles la palabra.

La Escuadra de operaciones de las Antillas y las expediciones insurrectas van a ser los protagonistas principales de esta conferencia. Pero previamente, haré unas consideraciones, que creo necesarias para mejor comprender el asunto principal.

La causa de la insurrección cubana comenzada en Yara el 10 de octubre de 1868, no hay que buscarlas en el pueblo cubano ni en una fecha. El origen está muy atrás en el tiempo, y no precisamente en el intento de conseguir más libertades o mejoras económicas, sino en las ideas.

Cuando se estableció triunfante el absolutismo francés en la Península, se sintieron sus efectos en Ultramar, principalmente por la gran merma que sufrió la autoridad de los Virreyes. El enciclopedismo puso todo su esfuerzo en quitar autoridad al clero decretando contra estas diversas leyes, a cuál más disolvente, acabando por expulsar a los jesuitas que fue tanto como derribar una de las columnas sobre la que se asentaba el imperio español de las Indias.

Por último, el rey Carlos III, gran ministro de Fomento, pero nefasto en política exterior, declaró la guerra a Gran Bretaña para ayudar a Estados Unidos a hacerse independiente; determinación tan funesta que luego lamentaría España, pues el ejemplo de Estados Unidos produjo la rebelión de todas las colonias españolas de Tierra Firme, apoyadas como contrapartida por los ingleses, y que dejó preparada la de Cuba.

Decía Enrique Collazo, uno de los mas importantes líderes de la insurrección cubana; Cuba: *«situada en medio del continente recibía del norte el sentimiento de libertad y del sur el ejemplo aún caliente de cómo se hacen libres los pueblos».*

Pero peor que las lecciones y los ejemplos de rebelión, fue el contagio de las ideas. Eran éstas esencialmente antiespañolas, como no podía menos que suceder dado su origen, y habían crecido al calor de una historia falsificada en Londres y en París, en



D. Manuel Antón de Iboleón, capitán de fragata

la cual aprendieron los españoles de América que España era una nación de tiranos sedientos de sangre y de oro, incapaces de sentimientos humanitarios, dominados por el fanatismo.

Así han pintado a España sus enemigos, y lo más triste y lamentable fue que estas injurias y falsedades han sido asimiladas y creídas por ignorancia y estupidez por muchos españoles.

Estos argumentos forman el cuerpo principal del Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la isla de Cuba, firmada en Manzanillo el 10 de octubre de 1868, y reproducida por *El Cubano Libre* en Bayamón el 21 del mismo mes como periódico independiente publicado en Cuba.

Pero muchos años antes de todo esto, en el Congreso de Panamá convocado por Bolívar, ya se había abogado por la liberación de Cuba. En él los Estados Unidos votaron en favor del Proyecto y manifestaron que Cuba: «caería en sus manos como una manzana madura». A lo largo del siglo miles de amagos hicieron para poseerla, hasta que llegado el momento oportuno, pusieron la mecha al detonante que fue el *Maine*.

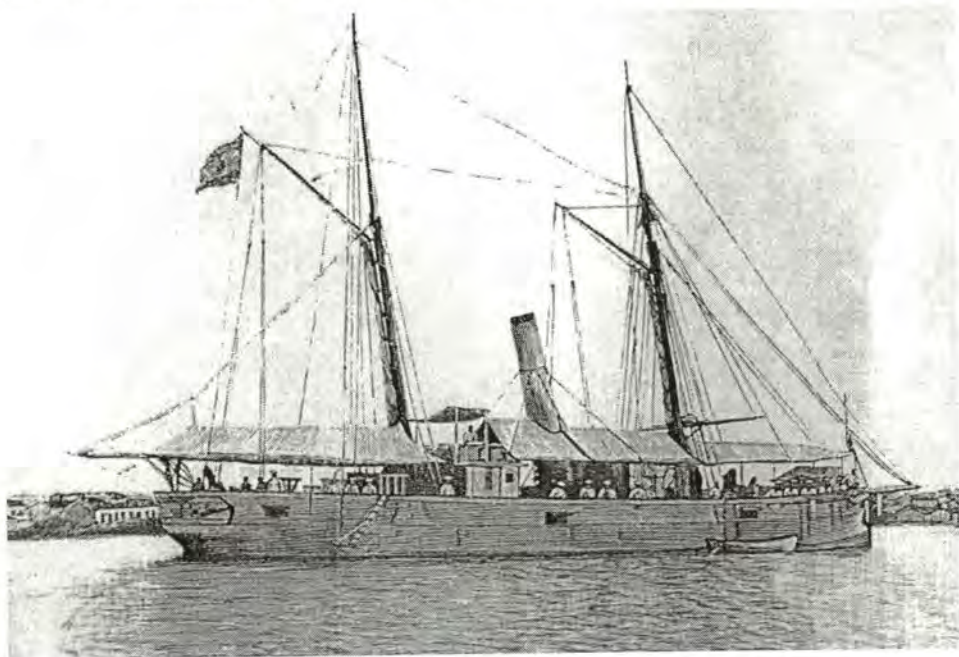
La semilla separatista la esparció el venezolano Vidaurre, magistrado de la Audiencia de Puerto Príncipe, ayudado por Gaspar Betencourt, su discípulo, que desde Estados Unidos trabajó incansablemente por la causa insurrecta.

Los jefes de la insurrección comprendieron, que su diplomacia debía jugar principalmente en Washington, Nueva York y en Madrid, allí para arbitrar recursos y que la joven República americana ayudase a su empresa; aquí para neutralizar los esfuerzos del Gobierno español, recabar de él medidas y disposiciones, en apariencia favorables a la conservación de la isla, pero que en realidad fuesen contrarias a este objeto.

La rebelión por tanto contó con tres clases de combatientes, unos los que se presentaron en la manigua corriendo los peligros de la guerra, otros más terribles desde que Estados Unidos y sin riesgo procuraron el apoyo del Gobierno americano y el envío de toda clase recursos, alistando aventureros extranjeros, que lo hubo, y otro que ayudando a ambos trabajaron desde la Corte.

La causa del alzamiento de Yara no fue el malestar económico, pues la prosperidad de la isla en esas fechas era grande, ni tampoco el peso de las contribuciones, que se pagaban muy pocas. La rebelión la hizo la gente acomodada, educada en las doctrinas anteriormente citadas, que arrastraron al pueblo. Vencido el alzamiento no en El Zanjón por general Martínez Campos, sino en la llamada Guerra Chiquita, por el general Polavieja, quedó el enemigo en completa libertad de continuar sus trabajos, y cuando se halló preparado para volver a tomar las armas y tuvo la seguridad de que los Estados Unidos le ayudarían con todas sus fuerzas inició esta última guerra, preludio de la de 1898.

Cuba es la mayor de las Antillas, tiene su mayor distancia de 760 millas de este a oeste y su máxima anchura corresponde al meridiano de Nuevititas con 110 millas, y la menor en la de Mariel con 21. Su costa despide en su mayor parte una serie de placeres sembrados de cayos, bajos fondos y arrecifes, que hacen la navegación a corta distancia de ellas, únicamente posible para buques de poco calado y excelentes condiciones marineras, y, aún así, dicha navegación es en extremo difícil, exigiendo gran cuidado y práctica. Los infinitos puertos de la isla, tanto en su parte sucia, como en la limpia,



El cañonero *Contramaestre*, en 1896.
(De la Ilustración Española).

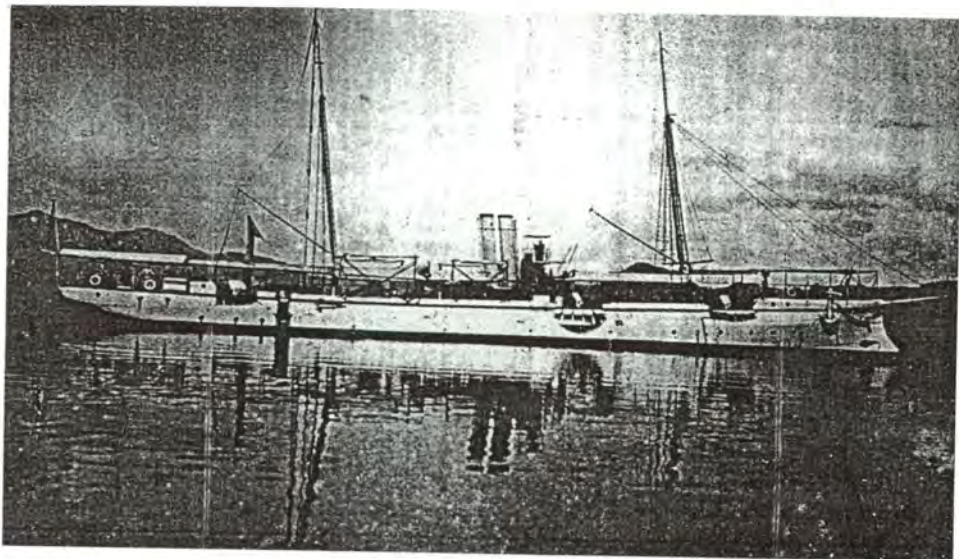
tienen con pocas excepciones, entradas difíciles y comprometidas siendo arriesgado el tomarlos con barcos grandes.

La Escuadra del Apostadero de La Habana, cuando se hizo cargo el contralmirante Malcampo, al iniciarse la 1.^a guerra, se componía de fragatas, grandes vapores y algunos, pequeños de ruedas, y goletas de hélice.

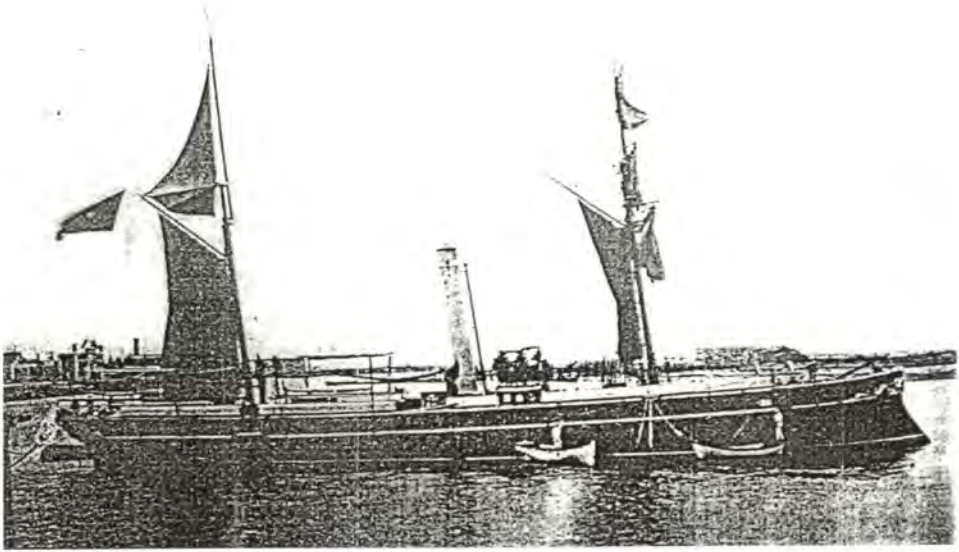
Vio entonces, que para el servicio efectivo sobre la costa, sólo podían utilizarse estas dos últimas clases de buques, y eso con bastante trabajo e imperfección, porque en primer lugar eran pocos para cubrir un litoral tan extenso, sobre 1.500 millas; en segundo, porque pequeños y todo, calaban demasiado y eso no les permitía entrar por to-



D. José María Ariño y Michelena, teniente de navío de primera, comandante del cañonero-torpedero *Galicia*



Cañonero-torpedero *Galicia*.



Marina española.— El cañonero *General Concha*

das partes, según exigía el combatir directamente la insurrección, e impedir desembarcas de armas y gente.

El jefe del Apostadero pensó por consiguiente, que nada podría hacer para vigilar y custodiar el litoral, si no contaba con un número de barcos proporcional a su extensión, para que dicha vigilancia y custodia no fueran ilusorias; deberían ser de poco calado y buenas condiciones marineras, que pudiesen navegar por todas partes incluidos los ríos, con buen andar para interceptar a cualquier embarcación sospechosa, y bien dotados de personal y armamento para ser capaces de batir al enemigo que viniera de fuera, o apareciera en los puertos y en la costa.

De aquí la convicción de Malcampo, de la apremiante necesidad de conseguir con urgencia muchos buques de guerra, de las características apuntadas.

De este modo se gestaron los treinta cañoneros de vapor, que pagados con un crédito extraordinario de Guerra, construyó entre otros el célebre *Ericsson* en astilleros de los Estados Unidos, y que tras un embargo de su Gobierno, que retrasó su entrega favoreciendo a la insurrección, llegaron finalmente a La Habana y que tan buen resultado dieron en la I.^a Guerra de Cuba.

En esta campaña bastó su sola presencia, para impedir las comunicaciones con el interior de la isla casi en absoluto; y sólo por la razón de que aumentándose los riesgos de los expedicionarios se aumentó en grado extraordinario el coste de las expediciones y la remuneración de los aventureros, obstáculo difícil de superar y que fue fundamental, para alcanzar la Paz del Zanjón.

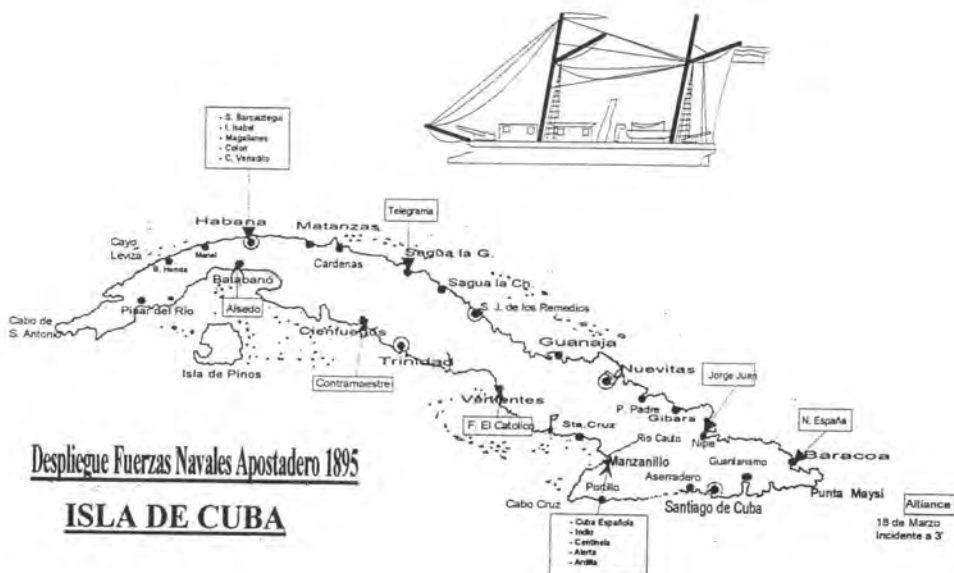
Sin embargo, el Pacto del Zanjón, no canceló más que temporalmente los intentos revolucionarios y de nuevo resurgió la semilla plantada en los años anteriores.

Aquí, en la Península, dominó un inconsciente optimismo, generado por los años de tranquilidad transcurridos, hasta que a principios de 1895 resurgió el movimiento revolucionario con mayores bríos que la otra vez, respaldados por el apoyo exterior y nutrido por el contrabando de armas y pertrechos, expedido desde la vecina costa norteamericana fundamentalmente.

La Marina mantenía y sabía, de que: «*el término de la guerra de Cuba sólo depende de la vigilancia de sus costas*», fue desdeñada o desconocida por la política nacional, que por mal entendidas razones de economía tenía casi desguarnecidas de fuerzas navales, las aguas de nuestras posesiones de Ultramar.

La isla de Cuba, estaba dividida en cinco provincias marítimas: Habana Remedios, Nuevitás, Santiago y Trinidad de Cuba, bajo el mando del Comandante General. En La Habana el arsenal del Apostadero. Según la Ley de Fuerzas Navales para el año 1894/95, los barcos destinados a las islas de Cuba y de Puerto Rico eran las siguientes:

Crucero de 2. ^a clase <i>Infanta Isabel</i>	1.196 tons.
Cruceros de 2. ^a clase <i>Colón, S. Barcáiztegui y Don J. Juan</i>	935 tons.
Cruceros de 3. ^a clase <i>Magallanes y General Concha</i>	548 tons.
Cañonero de 2. ^a clase <i>Nueva España</i>	320 tons.
Cañonero de 2. ^a clase <i>Alsedo</i>	318 tons.
Cañonero de 2. ^a clase <i>Cuba Española</i>	255 tons.
Cañonero de 2. ^a clase <i>Contramaestre</i>	179 tons.
Cañoneros de 2. ^a clase <i>Indio y Criollo</i>	199 tons.
Pontones <i>Fernando el Católico y Cortés</i>	560 tons.

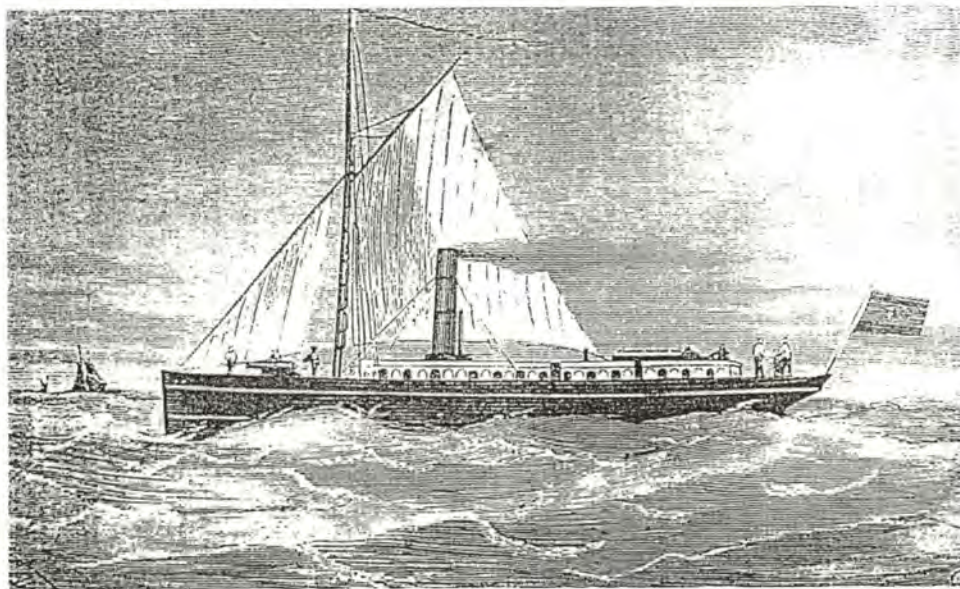


En el mes de septiembre se perdían el *S. Barcaiztegui* y el *Colón*, el primero por abordaje con el vapor mercante *Conde de la Mortera*, a la salida de La Habana. Este accidente, parece que fue originado por fallo en las luces de situación del crucero, lo que provocó una R. O. de 22 de octubre; prohibiendo el uso de luces eléctricas de navegación, debiendo ser sustituidas por luces de aceite vegetal. El segundo lo fue por varada en el bajo de los Colorados.

La ley de Fuerzas Navales para el año 1895/96 aumentó considerablemente el número de barcos por el estallido de la insurrección llegando a la isla a principio de 1895 los cruceros *Reina Mercedes* y *Conde de Venadito*. Más tarde llegan el *Alfonso XII* y el *Marqués de la Ensenada*. En julio se asigna nombre a los cañoneros que están en construcción en Inglaterra, recibiendo los siguientes: *Hernán Cortés*, *Pizarro* y *Vasco Nuñez de Balboa* de 300 toneladas, *Diego Velázquez* y *Ponce de León* de 200, y los *Alvarado* y *Sandoval* de 100.

En agosto los que se están construyendo en Cádiz reciben nombres de la geografía cubana: *Almendares*, *Baracoa*, *Cauto*, *Guantánamo*, *Yumurí* y *Mayarí*. Y en septiembre los que construye la Casa White y la Forrest en Inglaterra, que se bautizan con los siguientes: *Alerta*, *Ardilla*, *Cometa*, *Fradera*, *Gaviota*, *Golondrina*, *Ligera*, *Lince*, *Satélite* y *Vigia*; y en octubre los que se adquirieron en los Estados Unidos, que recibieron los nombres siguientes: *Centinel*, *Relámpago*, *Dardo*, *Esperanza*, *Intrépida*, *Mensajera* y *Valiente*.

Posteriormente, en noviembre, se da nombre a los regalados por la colonia española en Nueva York, y al comprado por el español de La Habana D. Antimógenes



Lancha *Manati*

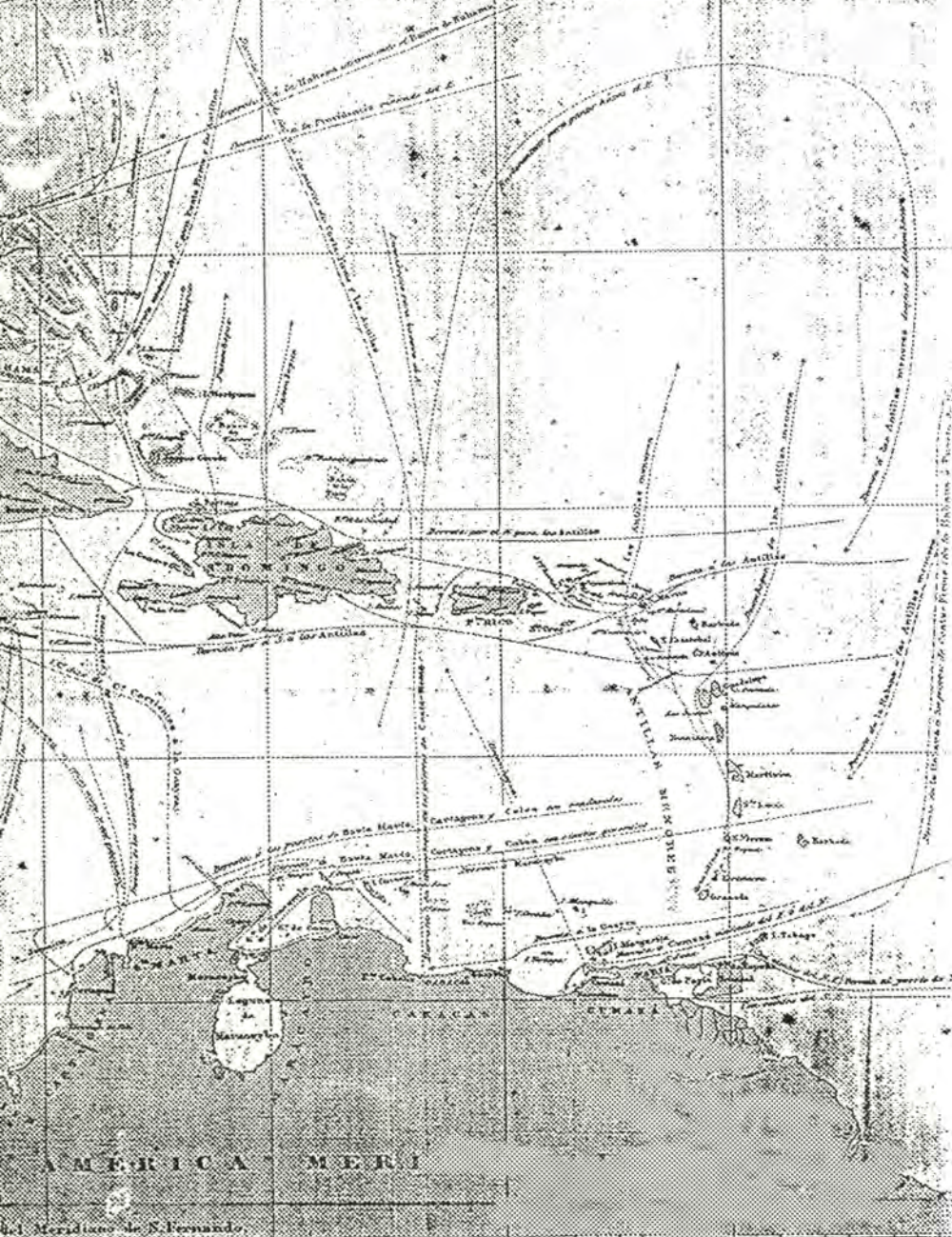


DERROTAS
 PARA LA NAVEGACION
 DEL MAR DE LAS ANTILLAS
 Y EL SENO MEJICANO

Duizend de Huidry
 Madrid, 1889.
 NOTA
 escala de 1:100,000

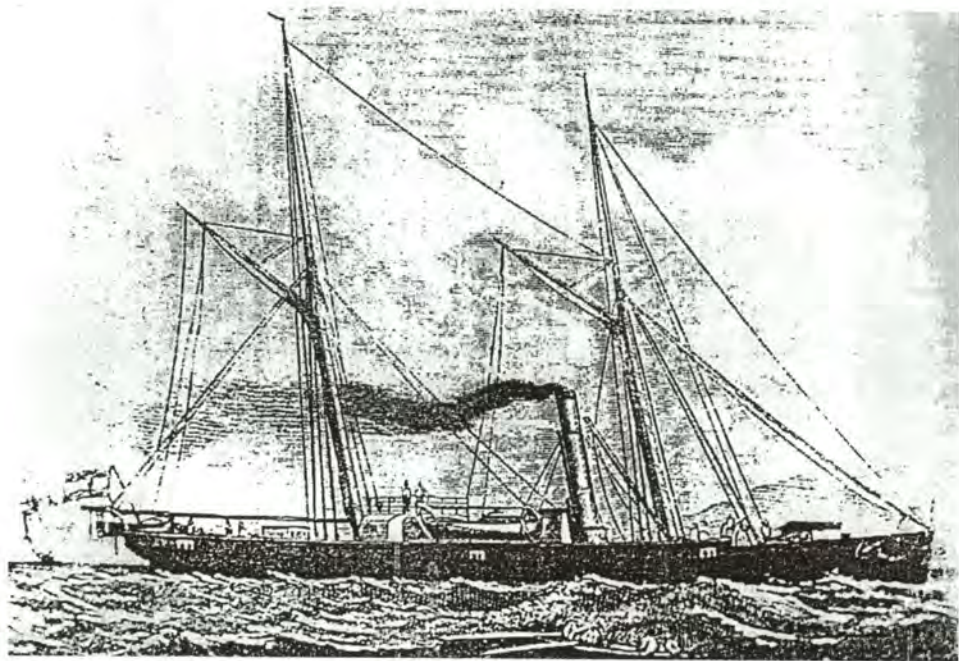
Longitud Occidental

Planis de la Habana y las puercas de Costa Y rre las islas de las Antillas con las costas del Mar de las Antillas.
 Representa en una perspectiva general los rrechos de las islas de las Antillas y las costas del Mar de las Antillas.



Menéndez, que reciben los nombres de *Delgado Parejo* y *Guardián* y al regalado por el comercio de La Habana que se denomina *El Dependiente*.

Mientras no llegaban estos buques la Marina se incautó de pequeños mercantes y remolcadores: *Reina Cristina*, *Águila*, *Antonio López* y *Praviano*.



Cañonero *Cuba Española*

Plan de defensa de la isla de Cuba

El plan general, básicamente estaba basado en las enseñanzas obtenidas de la guerra anterior. La Escuadra del Apostadero se dividió en buques de tres clases, para conseguir un bloqueo efectivo del litoral. Los primeros, buques de caza, con artillería y velocidad suficiente para perseguir y detener dentro y fuera de las aguas jurisdiccionales al enemigo. Los segundos, buques costeros rápidos para vigilar trechos de costa cortos, y por último los terceros, buques menores de 300 a 40 toneladas con la misión importante de recorrer los cayos, ensenadas, esteros y ríos, subsanando cualquier error o descuido de la vigilancia exterior e impidiendo el tránsito de las partidas insurrectas.

Las características de la costa, que no es abordable en toda su extensión, por la configuración y sonda hizo inicialmente repartir la vigilancia en siete divisiones navales complementada en una vigilancia terrestre y en pontones artillados en puntos estratégicamente elegidos.

La costa norte, dividida en cuatro divisiones: la 1.^a División con cabecera en Baracoa, cubriendo desde Punta Maysí a Pto. Tánamo, con vigilancia especial sobre Mata, Taco, Cayo Moa, Bahía de Yananigüey y Tánamo.

La 2.^a División con cabecera en Gibara, vigilaba la costa entre Tánamo y Gibara con especial vigilancia sobre la bahía de Nipe y los puertos de Banes, Sama, Naranjo y Vito.

La 3.^a División con cabecera en Nuevitas, cubriendo el litoral entre Gibara y Guanaja, vigilando especialmente Puerto Padre, Manatí, La Herradura y Nuevas Grandes.

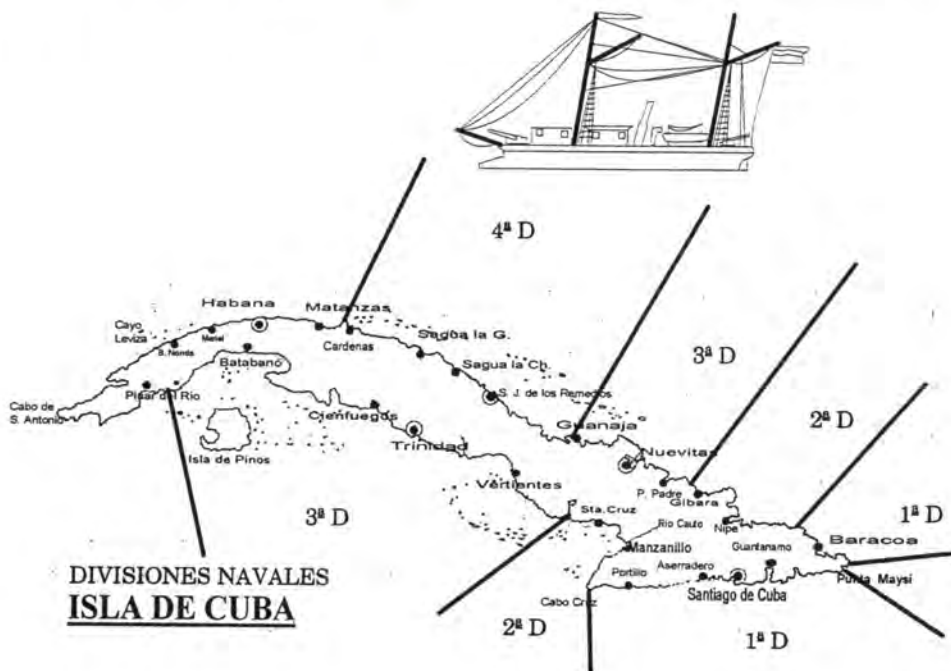
La 4.^a División con cabecera en Sagua la Grande cubriendo el litoral entre Guanaja y Sagua la Grande, protegiendo las zonas de Cayo Francés, Vela, Jigüey, Jalibonico y cayos que se extienden hasta Matanzas.

La costa sur dividida en tres divisiones: la 1.^a con cabecera en Santiago de Cuba, vigilando la costa entre Punta Maysí y Cabo Cruz, con especial atención a las zonas próximas a Baitiqueri, Guantánamo, Aserraderos, Tarquino y el Portillo.

La 2.^a División con cabecera en Manzanillo y vigilancia de la costa entre Cabo Cruz y Santa Cruz y especial atención al Río Cauto.

La 3.^a División con cabecera en Trinidad de Cuba, para cubrir la costa hasta Pinar del Río, con atención especial en Vertientes, Jucaro, Bahía de Cochinos, Batabanó, Laberinto de las Doce Leguas y Ensenada de Cortés.

La costa norte de la isla entre Matanzas y Cabo San Antonio con apoyos en Cárdenas, Mariel y Bahía Honda, se vigilaba con cruceros de los buques que desde La Habana se destacaban a estos puntos.



La insurrección

Decía anteriormente que España, o mejor sus gobiernos, olvidaron o no quisieron ver la realidad cubana, y dejaron las manos libres a los separatistas cubanos. Se les consintió todo, y como es natural ellos se aprovecharon de este descuido.

La Marina, a partir del año 1884, sufrió los embates del Plan de Paz, y el arsenal de La Habana vio cómo la Maestranza era despedida, y las obras de los barcos, efectuadas por la industria privada, con lo cual se perdió una ingente cantidad de buenos operarios, y éstos llegado el momento no se improvisaron.

La situación del material naval se vio naturalmente afectada por este abandono, y encima no se reforzó el Apostadero sustituyendo los barcos que se iban dando de baja, encontrándonos en una situación límite cuando estalló la insurrección en 1895.

Pero antes de que esto ocurriese oficialmente, ella ya estaba o había estado trabajando intensamente, y los llamados *laborantes* desde Estados Unidos enviando armas, municiones y gente.

La hueste insurrecta fue brava y tenaz; alguno de sus jefes inteligentes; se sabían de memoria la manigua, y siempre tuvieron el apoyo moral de la gente poco ilustrada de la isla. Llegaron a ser unos 20.000 armados con fusiles de muy diversas procedencias, y comenzaron operando en la cuarta parte de la isla, la zona oriental, pero sin poseer un solo villorrio.

En frente tuvo a un ejército regular, inicialmente de un número de soldados doble; también bravos y tenaces, aunque inexpertos y aislados, que lógicamente bastarían para vencer y desarmar a aquellos enemigos; no para destruirlos, porque conociendo su táctica y su campo de acción, eso sería hartó difícil.

Para que eso ocurriese, es decir para que la insurrección avanzase sólo hay una explicación; no cerramos las puertas de la casa, y no sólo las puertas, sino dejamos las ventanas abiertas, y claro se coló todo el que quiso y con lo que quiso, pues la manigua no producía armas y pólvora.

Si Cuba hubiese pertenecido a una nación verdaderamente marítima, la insurrección se hubiese vencido fácilmente; pero en lugar de mandar barcos mandamos batallones. Cada expedición de hombres y pertrechos que desembarcó en Cuba, nos alejó del único objetivo que era vencer y desarmar. No se cerró la entrada, dándose más importancia a la guerra de la manigua que al resguardo de la costa, y ahí estuvo el error.

Expediciones insurrectas

El 8 de diciembre de 1894 Martí, Enrique Collazo y José María Rodríguez firman en Nueva York el «Plan de Alzamiento», consistente en invadir la isla por varios puntos y unirse con las fuerzas que coordinaba en Cuba Juan Gualberto Gómez, el agente del Partido Revolucionario en La Habana.

Con gran sigilo se preparan tres expediciones que con hombres y armas, saldrían del pequeño puerto de Fernandina, en Florida, rumbo a Cuba. A final de diciembre están listos los vapores *Lagonda*, *Baracoa* y *Amadis*, debiendo este último recoger en Costa Rica a los generales insurrectos Maceo y Crombet.

La imprudencia o la traición de uno de los que intervienen en la organización, el llamado coronel López Queralta, provoca la intervención de las autoridades norteamericanas que el 10 de enero de 1895 confiscan los barcos.

El cónsul español en Cayo Hueso informa al gobernador general de la isla de Cuba del incidente, el cual lo traslada al comandante general del Apostadero, comunicándole entre otras cosas lo siguiente: *«lo sorprendido en Fernandina, a más de lo arrojado al agua antes de ser registrado el Lagonda son 151 cajas con rifles, machetes y municiones, los efectos sorprendidos, no son para usarlos en ninguna plantación o ingenio como pretende el Sr. Mantell que parece ser el dueño del Lagonda. Puede que las cosas no se aclaren debidamente, a causa de que el Agente consular de España en Fernandina, era el consignatario de los vapores, y cómplice en los hechos y como es natural poco o nada se ha de interesar porque se sepa la verdad»*.

El 23 de enero, se informa al contralmirante Navarro, que Serafín Sánchez, que está al frente de varios grupos, va a salir en breve desde Cayo Hueso. El plan de ahora dice la comunicación: *«que estáis decididos a poner en práctica, es probable que de aquí salgan en pequeños grupos a un punto dado, a los que se unirán los que salgan de Tampa»*.

En estas fechas se da orden al crucero *Infanta Isabel*, y al cañonero *Nueva España* de dirigirse a Haití, islas Turcas, Santo Domingo y puertos de América Central, pues se tienen sospechas que, además de los puertos de La Florida, se arman y preparan otras expediciones en otros puntos.

Lo cual era cierto; en concreto en Santo Domingo, residía el ex-cabecilla separatista Máximo Gómez, que *parece conspira*, según sospecha fundada del gobernador general D. Emilio Caneja, como expuso al comandante general del Apostadero. Y fue tan cierto, que señaló la fecha de alzamiento el propio Gómez, para el 24 de febrero desde la isla dominicana. Lo que comunicó por cable al líder José Martí, que se encontraba en Nueva York, con las palabras convenidas: *«Aceptados giros»*. Reuniéndose ambos jefes en la capital de la Española posteriormente.

Salen de la República Dominicana, el 1 de abril con una expedición a bordo de la goleta *Brothers*, cuyo capitán se niega a aproximarse dejándolos en la isla Inagua, la más meridional de las Bahamas. Posteriormente se dirigen a cabo Haitiano, consiguiendo que el vapor *Nordstrand* los acerque el 11 de abril, a las diez de la noche, a tres millas al sur de Las Playitas, lugar próximo a Santiago de Cuba, donde desembarcan en botes. Con anterioridad a este desembarco, se produjo el incidente del *Alliance*, que de algún modo va a marcar y limitar la actuación de nuestros buques de guerra.

El 18 de marzo se recibió una protesta del embajador de los Estados Unidos en Madrid por el ataque a cañonazos efectuado por un cañonero español, sobre el buque correo norteamericano *Alliance*, en aguas de Cuba a la altura de Punta Maysí. El Gobierno americano expresaba: *«que espera una pronta desaprobación de este acto no autorizado y la debida expresión de sentimiento por parte de España»*... Se recomendó entonces mayor prudencia a los comandantes de los barcos españoles, para que las relaciones con los Estados Unidos no se viesan comprometidas.

En el mes de mayo salió de Filadelfia un vapor denominado *Geo. W. Childs* mandado por el capitán Swain, que recogió en Cayo Sugar (Florida) 150 hombres, armas y

municaciones, dirigiéndose a desembarcar entre Cienfuegos y Trinidad. Comunicada por el cónsul de Nueva York su salida, se dio orden al crucero *Infanta Isabel* saliese de La Habana a interceptarlo en las proximidades de Cienfuegos. Matizándose en dicha orden: «*las últimas circulares del Ministerio de Estado referentes a reconocimientos de buque extranjeros, no impiden el que convencido un comandante de un buque con suficientes probabilidades de hallarse con una expedición dentro de tres millas de la costa (lo cual se hará constar siempre que el Cuaderno de Bitácora por seguras marcaciones) pueda detenerlo sin tocar a la bandera que arbole y con las precauciones debidas a la gente, que viéndose perdida todo lo intentara*».

Difícil resultó luchar con estas limitaciones a los comandantes de los barcos. El plan de cruceros que preveía la caza de los buques en la alta mar, —«la mar azul», como se decía en el argot de nuestra Marina ultramarina, se interrumpió y colapsó por culpa de estas órdenes tibias y poco firmes que solamente intentaban condescender con el posible y temido enemigo. El vapor citado anteriormente desembarcó su expedición en las proximidades de Baracoa.

El 21 de julio el cónsul en Nueva York notificó la próxima salida de una importante expedición, fijando los puntos de desembarco en Bocas de San Nicolás, Caimanera y Punta Maysí, y en agosto el día 21, informa de la salida del *Elliot*, vapor de la casa Dumois, con una partida insurrecta al frente de la cual va Paulino Sánchez Echevarría.

Para poder interceptar mejor las expediciones procedentes de los Estados Unidos, se dispuso se trasladase en comisión de servicio secreta el teniente de navío de 1.^o D. Baldomero Vega de Seoane; «*para visitar los puertos de la costa sur y este y los cayos adyacentes, en los que se vienen organizando las expediciones de armas para los insurrectos cubanos, procurando adquirir cuantos datos se refieran a la forma en que estas expediciones se organizan, condiciones de los buques que las conducen...*».

Las operaciones navales ante la insurrección

Las operaciones navales que se desarrollan en Cuba ante la insurrección, fueron de varias clases. Básicamente y la principal en apoyo del Ejército de operaciones, donde la Armada va a remolque de una estrategia terrestre, que lo dominó todo.

El segundo tipo de operaciones netamente navales, con apoyo de fuego para proteger al Ejército de operaciones como para batir los objetivos enemigos es igualmente importante. Por último, la lucha directa contra el contrabando y contra la insurrección.

Aunque esta misión debió de ser el principal objetivo de las fuerzas navales, la realidad fue otra y este tipo de operación, que en principio era el más importante, quedó en un segundo plano, quizás por falta de medios inicialmente y porque como anteriormente he dicho Cuba, no pertenecía a una nación con mentalidad marítima, y siempre la Armada, su estrategia y sus decisiones estuvieron subordinadas al mando del capitán general, que con mentalidad terrestre, creyó que el final de la guerra estaba en la maniagua. Y así, en vez de enviarse barcos, se enviaron batallones.

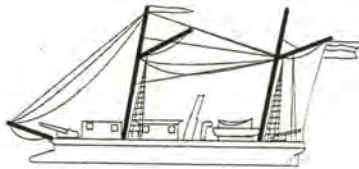
Las operaciones navales fueron innumerables y de gran importancia. Como no es posible enumerar toda esta actividad, resaltaré los hechos de armas más sobresalientes y cronológicamente.

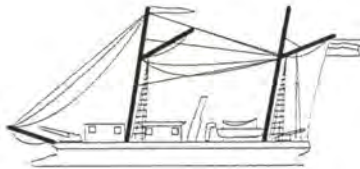
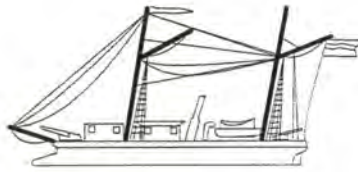
En septiembre de 1895, la lancha cañonera *Ligera* sostiene en las proximidades de Batabanó un encarnizado combate con un grupo insurrecto, resultando gravemente herido su comandante alférez de navío Olmo.

En marzo de 1896 por el heroico comportamiento del teniente de navío Vilela, comandante del *Lince*, se ordenó abrir juicio contradictorio. La acción la llevó a cabo en el estero de Juan Hernández, introduciendo un convoy de armas y municiones para el ejército.

En abril se produce en aguas del río Cauto, la función de guerra más importante de las realizadas hasta ese momento; el cañonero *Centinela* al mando del alférez de navío Gonzalo de la Puerta había salido de Manzanillo convoyando una embarcación con tropas con destino al destacamento de Zanja. A la entrada del estero fue recibido con numerosas descargas que le hicieron una gran partida insurrecto. Rompió el fuego de cañón y fusilería el cañonero, consiguiendo hacer internarse al enemigo y lograr su objetivo de llegar al destacamento. En media hora que duró el fuego, quedaron fuera de combate nueve de los trece hombres de la dotación del pequeño barco. Se instruyó juicio contradictorio concediéndosele la Cruz de San Fernando al alférez de navío Puerta.

A finales del mismo mes de abril el teniente de navío de 1.^a Manuel Antón e Iboleón, al mando del *Pizarro* y apoyado por el *Alvarado*, sostuvo un encarnizado combate en la entrada del puerto de Maraví. Por esta acción librada con todo éxito, las bajas causadas al enemigo y no abandonar su puesto en el puente a pesar de estar herido, se le concedió la Cruz de San Fernando al citado jefe.





El año 1897 comienza con operaciones de apoyo al ejército desde Cienfuegos hacia Oriente y de mucha intensidad en el río Cauto. En este lugar se produce una acción en la que resultó gravemente herido el alférez de navío Puerta comandante del *Centinelita*, siendo hundido el *Relámpago* al explotar una carga en el citado río. Desaparecieron el comandante alférez de navío Martínez Villarino y seis de su dotación, resultando cuatro heridos. Es la primera vez que un barco de nuestra Armada es hundido por una mina o artefacto similar, aunque en esa época y allí en Cuba se les llamase «torpedos». Hubo serios problemas con el ejército de tierra concretamente en este río Cauto, porque los ingenieros militares inicialmente rastreaban las aguas con pequeñas embarcaciones, a lo que se opuso tajantemente el teniente de navío de 1.ª Gómez de Barreda, ayudante de Marina de Manzanillo y jefe de las fuerzas navales que operaban en el Cauto.

A finales de enero se efectuó una operación sobre bahía Honda, llevada a cabo por el cañonero *Reina Cristina* al mando del teniente de navío Croquer, distinguiéndose en esta operación el alférez de navío Claudio Aldereguía, que desembarcó con un trozo de marinería tomando armas y municiones al enemigo.

Al mes siguiente el teniente de navío Carranza operó con su barco en la ensenada de Cochinos, desembarcando marinería que se enfrentó a una partida insurrecta, distinguiéndose el alférez de navío Liaño.

Un suceso que prueba el reconocimiento del enemigo, al valor y bravura de nuestros oficiales y marinería, se produjo también en el Cauto. El 17 de junio el pequeño vapor mercante *Belico*, mandado por el alférez de navío Pando y tripulado por cuatro marineros sufrió un ataque de una numerosa partida insurrecta; agotadas las municiones y el barco a pique fueron hechos prisioneros. Por su actuación valiente fueron devueltos a nuestras fuerzas en el fuerte Melones. El comandante y tres marineros fueron heridos.

Dos operaciones se llevaron a cabo por dos escuadrillas formadas en apoyo del Ejército; la primera en la zona oriental sobre Banes, proximidades de Baracoa en las que las columnas de desembarco del *Reina Mercedes*, *Galicía*, *Nueva España*, *Balboa*, *Magallanes* y *Ligera* operaron integradas en la División de Holguín, mandadas por el general Ruberté. La otra realizada para auxilio del Ejército en las operaciones sobre los puertos de Maraví y Taco. La escuadrilla se concentró en Baracoa y estuvo formada por los siguientes buques: *D. Jorge Juan*, *Marqués de la Ensenada*, *Balboa* y *Martín A. Pinzón*. Construidos dos fuertes en la entrada de Taco por las fuerzas del Ejército, fueron bautizados con los nombres de los cañoneros que con sus fuegos colaboraron en esta operación y en homenaje a la Marina.

Expediciones insurrectas

A parte de las anteriormente señaladas que con éxito se realizaron, reseñaré por orden cronológico, las que por documentos oficiales hay constancia y las que fueron capturadas por nuestros buques.

Año de 1895

Expediciones que lograron desembarcar: *Nordstrand*, desembarcó en Las Playitas, proximidades de Santiago de Cuba a Martí y a M. Gómez el 10 de abril.

Geo W. Childs, en proximidades de Baracoa el 15 de mayo.

Expedición de Roloff, S. Sánchez y Manuel Rodríguez, en proximidades de Río Patibonico (entre Trinidad y Vertientes) el 22 de julio.

Elliot desembarca dos contingentes de P. Sánchez, uno próximo a Baracoa el 11 de agosto, y el otro sobre Aserradero el 21 del mismo mes.

Expedición de Pancho Carrillo, que desembarca en la costa de Cienfuegos el 27 de octubre, parte de la fuerza insurrecta fue capturada por el cañonero *Contra-maestre*.

Expedición de Carlos Céspedes, que desembarca en Aserradero el 15 de noviembre; dos botes fueron capturados por el cañonero *Cuba Española*.

Año de 1896

Expediciones que lograron desembarcar en la isla

La de E. Collazo en marzo, entre Matanzas y Cárdenas, parte de la expedición fue capturada por fuerzas de Infantería de Marina.

La de B. Peña y de Calixto García en Baracoa, también en marzo.

La de Monzón, Portuondo y Vidal a bordo del *Competitor* en el mismo mes en la costa próxima a Santiago de Cuba.

La del Dr. Castillo y E. Núñez en Cabo Corrientes, en junio.

La de Conspiere en julio, cerca de Pinar del Río.

La de Roloff, entre Mariel y Bahía Honda, en julio.

La de Pancho Gómez en septiembre, al sur de Trinidad.

La de Castillo entre Cabo San Antonio y Cabo Corrientes, en septiembre.

Apresamientos de Expediciones insurrectas

Gaviota, apresa una embarcación en las proximidades de Portillo, en abril.

Galicia, apresa embarcación con extranjeros armados cerca de Aserradero.

V. Y. Pinzón, apresa una embarcación sobre B. Honda, en mayo.

H. Cortés y Yumurí, apresan dos embarcaciones cerca de Nuevititas, en junio.

Águila, apresa el mismo día 7 de agosto dos embarcaciones, una sobre cabo San Antonio, en donde muere el cabecilla insurrecto Francisco Lugo, y otra sobre cabo Corrientes, en donde es capturado Manuel Lazo.

Lealtad y Valiente, apresan dos embarcaciones en septiembre, una sobre Sagua la Grande y otra sobre Remedios.

Baracoa, apresa una embarcación cerca de Nipe, en septiembre.

Contra-maestre, captura armamento y municiones en el vapor *Delia* en el río San Juan, en septiembre.

Contra-maestre y Ardilla, apresan dos embarcaciones del *Dauntles* con 700 carabinas, municiones y medicinas al sur de Trinidad, en el mes de octubre.

Vigía, apresa dos embarcaciones, cerca de Mariel, en noviembre.

Año 1897

Expediciones que lograron desembarcar en la isla

La de Amao, a comienzos del año sobre la costa de La Habana

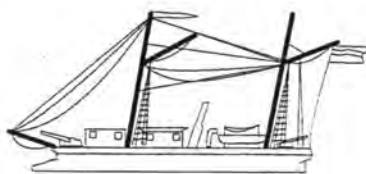
La de Carlos Roloff sobre Banes, los días 20 y 21 de marzo.

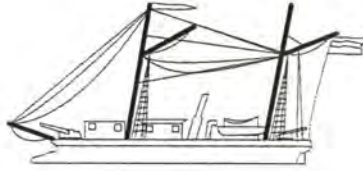
La de Amieva en Pinar del Río, a finales de marzo.

La de Emilio Núñez, a finales de mayo, sobre Habana y Pinar del Río.

La de Núñez y el piloto Silva; desembarcó la expedición en tres partes, una cerca de Bocas de Jarucó (Habana), otra en el Arinao, siendo capturadas las armas, y otra en cabo S. Antonio. El primer desembarco se hizo el 5 de septiembre. Los barcos que transportaron el contingente insurrecto fueron la goleta *Dama F. Briggs* cargada de armas y municiones, que salió de Nueva York a mediados de agosto, y por no poderse reunir con el *Dauntless*, por la vigilancia que se mantenía sobre él, se reunió con el *Smith*, que había salido de Panzacola el 29 de agosto, dirigiéndose a Orange Key (Bahamas), lugar de donde partieron el 1 de septiembre para Cuba.

Por último, la expedición del Dr. Castillo con el vapor *Dauntless* y la goleta *Silver Heels*, que salieron de Nueva York a mediados de octubre. Efectuó el desembarco en la costa próxima a La Habana.





Expediciones capturadas

Reina Cristina, en proximidades de Bahía Honda, apresa tres embarcaciones con armas y municiones, el 22 de enero. El día 27 apresa otra embarcación en Mariel.

Delgado Parejo, en la Ciénaga de Zapata, proximidades de Batabanó, toma una embarcación con dos chalanas y un alijo de armas y municiones, haciendo 20 prisioneros.

Reina Cristina, el 29 de mayo apresa una embarcación sobre la costa de Bames. El 15 de julio sobre la desembocadura del río Bames captura un alijo de víveres, armas y municiones de una expedición del Dr. Castillo.

Antonio López, el 12 de agosto sobre Matanzas apresa armas, municiones y víveres.

Después la otra guerra, y como no, el primer disparo que sonó en la mar lo hizo un cañonero de la Escuadra del Apostadero de la Habana, contra el torpedero norteamericano *Cushing*, frente a Cienfuegos, al que hizo retirar. Nuestro barco, el cañonero de 2.^a clase *Ligera*, al mando del teniente de navío Rendón.

El final de todos conocido, concentrados en los puertos de la isla, después de luchar contra la insurrección y contra la incomprensión de su propia nación, unos hundidos por sus propias dotaciones, muy pocos apresados por el enemigo, y los supervivientes con el amargor de ver arriada nuestra bandera en una isla más de cuatrocientos años española, y que si hoy es nación independiente, lo debe por su sacrificio indiscutiblemente a España.

LAS GENERACIONES ESPAÑOLA Y AMERICANA DEL 98

Antonio LAGO CARBALLO
Profesor de la Universidad Complutense

Mis primeras palabras tienen que ser de agradecimiento a los organizadores de estas Jornadas de Historia Marítima por su invitación para participar en ellas. A renglón seguido creo necesario hacer una aclaración respecto al título de mi exposición, pues tal y como figura en el programa de estas Jornadas pudiera parecer que yo establezco un parangón entre la generación española del 98 y una generación hispanoamericana que fuese paralela a la española. Si no ignoro toda la controversia y discusión promovida por la cuestión de si ha existido o no una generación del 98 diferenciada del movimiento modernista, menos ignoro lo aventurado que sería afirmar la existencia de una generación hispanoamericana que tomase el año del Desastre como causa y signo de su denominación, ya que para algunos autores - así el argentino Manuel Ugarte en su libro *La dramática intimidad de una generación* (Madrid, 1951) - es preferible denominar la generación del 1900.

Y sin embargo y aunque parezca paradójico quiero decirles que lo que voy a hacer esta tarde es aventurarme y partir de una hipótesis de trabajo encaminada a mostrar la posibilidad de que un grupo de escritores, de intelectuales hispanoamericanos pudiesen ser agrupados y ordenados bajo esa denominación. En ellos coinciden elementos comunes que parecieran dar pie a definirlos como miembros de una generación literaria.

Por supuesto, no pretendo dedicar minuto alguno a recordar lo mucho que se ha teorizado en torno al concepto de generación literaria. De lo escrito hasta hace cincuenta años, dio buena cuenta Pedro Laín Entralgo en su libro *Las generaciones en la historia*, (Madrid, 1945), previo a su obra sobre la generación del 98. De todas las teorías y tesis por Laín resumidas y analizadas sobre el concepto de generación, utiliza-

NOTA:

ANTONIO LAGO CARBALLO, ha sido profesor de "Regímenes políticos iberoamericanos" (1963-1980) en la Universidad Complutense, y en la Escuela Diplomática de Madrid, desde 1979. Es autor de una antología del escritor mexicano Alfonso Reyes (1992) y ha dirigido el libro *Vida española del general San Martín*, editado en 1994 por el Instituto Español Sanmartiniano, del que es presidente.

Acaba de publicar su libro *América en la conciencia española de nuestro tiempo*, en el que analiza las resonancias que el tema de América ha tenido en el pensamiento y en las letras españolas desde la generación del 98 a nuestros días,

Ha sido director del Patrimonio Artístico y Cultural (1976-1978) y Subsecretario de Educación y Ciencia (1980-1982).

ré—como cañamazo para mi hipótesis de trabajo—la del alemán Petersen, como ya hiciera Pedro Salinas en su muy interesante y conocido trabajo (diciembre de 1935), sobre la generación del 98, añadiendo por mi cuenta alguna nota tomada de Ortega y Gasset.

Me consta que es mucha el agua que ha corrido bajo los puentes de la crítica literaria en los últimos años últimos. Pero permítanme que recurra a Petersen y que recuerde los elementos constitutivos que él establecía para que se pudiese dar por existente una generación literaria.

Eran éstos: proximidad de nacimientos entre los posibles integrantes de esa generación; relaciones personales entre los hombres de la misma; coincidencia en las colaboraciones en prensa, revista o editoriales; análogo lenguaje generacional. Añádase como elemento sustancial lo que Petersen llama acontecimiento o hecho generacional. Pedro Salinas lo define como «un hecho histórico de tal importancia que, cayendo sobre un grupo humano, opera como aglutinante y crea un estado de conciencia colectivo, determinando la generación que de él sale».

Es indudable que estas características se dan entre los componentes de la generación española del 98 y así lo hace ver Salinas en su citado trabajo. Pero cabe preguntarse si acaso encontramos estos elementos constitutivos entre los escritores que he seleccionado como integrantes de esa posible generación hispanoamericana del 98.

Veamos sus nombres por el orden cronológico de su nacimiento: el uruguayo José Enrique Rodó (1871), el venezolano Rufino Blanco Fombona (1874), el argentino Manuel Ugarte (1875), el peruano José Santos Chocano (1875), el argentino José Ingenieros (1877), el mexicano José Vasconcelos y el dominicano Pedro Henríquez Ureña en 1884, el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide (1885)... por sólo citar algunos nombres relevantes de la literatura hispanoamericana de nuestro siglo.

En primer lugar, encontramos la proximidad de su nacimiento. Entre la fecha en que nace el mayor de los ocho, José Enrique Rodó - 1871 - y aquella que corresponde al más joven, Zaldumbide - 1885 - sólo trascurren catorce años, uno menos de los que Ortega señala como «zona de fechas» para una generación.

Es claro que se me puede preguntar por qué razón he elegido esa «zona de fechas» y no otra, por ejemplo la que permitiese centrar a tal generación en torno a la figura de Rubén Darío, nacido en 1867. Rubén fue el genial poeta que impulsó el modernismo literario en los países hispanoparlantes de ambos lados del Atlántico y que en algunos de sus grandes poemas tomó rotundas actitudes políticas como luego veremos. Debo confesar que he preferido basarme en la figura de José Enrique Rodó por cuanto de él arranca toda una línea de preocupación intelectual y política como intentaré justificar.

En cuanto a las relaciones personales de los integrantes del grupo, casi resulta innecesario subrayar en qué medida fueron intensas a pesar de la distancia geográfica en que se encontraban y en algunos casos muy tempranas: así el encuentro en Boston en 1899 de Blanco Fombona y Manuel Ugarte. Casi todos ellos coincidieron en colaborar en las mismas revistas. Así en *La Revista Literaria* fundada

por Manuel Ugarte en 1895 donde colaboran Santos Chocano y Blanco Fombona; otros escribieron en la *Revista Nacional* que sacaba Rodó en Montevideo. Y años más tarde publicarían sus trabajos en el *Repertorio Americano* publicado en San José de Costa Rica por García Monge a partir de 1919 o en la *Editorial América* creada y animada en Madrid por Blanco Fombona con sus colecciones Ayacucho y Andrés Bello.

Mas donde la coincidencia fue mayor, lo veremos enseguida, fue en el comentario a la obra de Rodó y en el uso del ensayo como género literario preferido. Los críticos e historiadores de la literatura hispanoamericana -Anderson Imbert, John Skirius, José Miguel Oviedo...- no dudan en afirmar que Rodó es el iniciador del ensayo contemporáneo en nuestra América. Tras él la nómina de los cultivadores del género está cargada de nombres relevantes: Pedro Henríquez Ureña, Vasconcelos, Gonzalo Zaldumbide, Alfonso Reyes, Picón Salas, Germán Arciniegas, Usllar Pietri... Germán Arciniegas se ha preguntado por qué esta predilección por el ensayo, para darse esta respuesta: «América es ya, en sí, un problema, un ensayo de nuevo mundo, algo que tienta, provoca, desafía a la inteligencia».

Si el ensayo es el género literario más propiamente hispanoamericano lo es no sólo porque haya sido utilizado por sus escritores sino porque una de las cuestiones que con más frecuencia han sido objeto de meditación y análisis es, precisamente, América. América en su pasado, en su presente y en su porvenir; su esencia histórica, los signos de su identidad, las notas caracterizadoras de la personalidad de sus pueblos tanto individual como colectivamente.

Pero sigamos con la búsqueda de los elementos constitutivos señalados por Petersen para definir a una generación literaria. Uno de ellos es el lenguaje utilizado por cuantos escritores la integran. No parece discutible que todos ellos puedan ser incluidos en el modernismo, «ese movimiento de entusiasmo y de libertad hacia la belleza» como lo definió Juan Ramón Jiménez. El estilo de los autores a que me vengo refiriendo es modernista tanto cuando emplean el verso como cuando escriben en prosa. Habría que matizar esta afirmación si se habla de Henríquez Ureña más profesoral, más científico en sus textos de historiador de la cultura o en sus estudios filológicos o de José Ingenieros en sus escritos médicos o filosóficos..

Pero el tiempo pasa y quiero centrarme en lo que considero el elemento decisivo, el acontecimiento generacional de que habla Petersen. Se trata del impacto que en el espíritu de aquellos hombres produjo un acontecimiento histórico: la guerra hispanonorteamericana, tan breve y desproporcionada en las fuerzas de los contendientes. Esta guerra y su desenlace - el Tratado de París de diciembre de 1898 por el que España perdía sus últimas posesiones en ultramar: Cuba, Puerto Rico, Filipinas... - era un episodio más, y muy significativo, en la marcha firme y decidida de los Estados Unidos hacia la conquista de un papel de primera importancia en el escenario mundial. Paralelamente hay que registrar como una de las notas caracterizadoras del tránsito entre los siglos XIX y XX la progresiva sustitución en Iberoamérica de la presencia y la influencia europea -la de los dos pueblos ibéricos, la de Inglaterra, la de Francia- por la gravitación creciente de los Estados Unidos, cuyo desarrollo agrícola e industrial daría paso a una de las economías más impor-

tantes del mundo. Y con ello a alentar afanes hegemónicos —la doctrina Monroe como telón de fondo— respecto a la América situada al sur del Río Bravo.

Todo esto que es válido para los escritores y pensadores americanos que antes he citado, no lo es en igual medida para los españoles. Es cierto que el Desastre del 98 fue el factor desencadenante de su actitud en cuanto significa el momento crítico del proceso de decadencia que venía sufriendo la nación española. Entonces es cuando cristaliza una resuelta actitud que podría cifrarse en la frase de Azorín: «Hagamos un feroz análisis de todo». Los intelectuales españoles en su ánimo analizador buscarán la causa del mal que aquejaba a nuestra sociedad. Hay un esclarecedor texto de Ramiro de Maeztu escrito en Londres quince años después del Desastre. Aunque sea conocido permítanme que lo recuerde: «Rápidamente se fue dibujando ante nuestros ojos el inventario de lo que nos faltaba. No hay escuelas, no hay justicia, no hay agua, no hay industrias, no hay clase media, no hay moralidad administrativa, no hay espíritu de trabajo, no hay, no hay, no hay... ¿Se acuerdan ustedes? —añadía— Buscábamos una palabra en que se comprendieran todas estas cosas que echábamos de menos. «No hay hombre», dijo Costa; «No hay voluntad» Azorín; «No hay valor», Burguete; «No hay bondad», Benavente; «No hay ideal», Baroja; «No hay religión», Unamuno; «No hay heroísmo», decía yo, pero al siguiente día decía: «No hay dinero», y al otro «No hay colaboración».

Y líneas después centraba con agudeza la cuestión: «Faltaba la pregunta de: ¿qué es lo central, qué es lo primero, qué es lo más importante?».

«Al cabo ha surgido la pregunta. Al cabo España no se nos aparece como una afirmación ni como una negación, sino como un problema.»

En efecto, para los hombres del 98 España se presentaba como un problema en sí misma. Esa *España como problema* tan finamente analizada por Pedro Laín hace casi cincuenta años en un libro así titulado.

Pues bien, quizá para los hispanoamericanos el problema de América tras el 98 era que se quedaba sola frente al poderoso vecino del Norte. La legendaria exclamación del presidente Porfirio Díaz —«¡Pobre México tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!»— podría aplicarse a otros países de aquel Continente.

Permítanme que recuerde que el presidente James Monroe en un mensaje al Congreso proclamó el 2 de diciembre de 1823 los principios de la doctrina que había de llevar su nombre con estas palabras:

«Los Estados Unidos deben ser sinceros con aquellas potencias (europeas) con las que mantenemos amistosas relaciones y declarar que consideraríamos un atentado por su parte extender su dominación a cualquier sector de este territorio, como peligroso para nuestra paz y nuestra seguridad».

Hay que añadir que el principio de «América para los americanos» fue compatible con la política de aislacionismo practicada por Estados Unidos desde la época de Jorge Washington. Igualmente fue compatible con el mantenido propósito de ensanchar el espacio territorial estadounidense como puso de relieve, a mediados del siglo XIX, la guerra contra México que proporcionó extensas y ricas regiones al país del Norte.

Si bien la política aislacionista fue abandonada por Estados Unidos con el enfrentamiento con España, ya antes, en 1895, había dado muestras de un cambio profun-

do con la intervención estadounidense en el contencioso entre Venezuela y la Guayana británica a causa de sus diferencias en la interpretación de los límites fronterizos entre ambos países. Entonces el presidente Cleveland decidió frenar a Inglaterra en nombre de la doctrina Monroe.

Tras la guerra del 98, se produjo la ascensión de Teodoro Roosevelt a la presidencia de Estados Unidos -septiembre de 1901- quien marcaría un nuevo rumbo a la política internacional norteamericana, como él formularía sin rodeos:

«Es nuestra creencia que la América del Sur será nuestro campo de expansión. No es práctico seguir tolerando que pueblos tan indolentes, tan reacios al progreso y tan incapaces de gobernarse como los latinos de Centro y Sur América, continúen ocupando tierras tan fértiles, tan ricas y productivas como las del continente suramericano. El destino manifiesto de esta nación (Estados Unidos) es poseer todo el hemisferio occidental».

Varios episodios se producirían en virtud de este «destino manifiesto» que fueron testimonios expresivos de la gravitante presencia estadounidense. Episodios que tuvieron por escenario a diversos países: Venezuela, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Colombia, Panamá... Todos estos acontecimientos –de los que la breve y desigual guerra del 98 fue, sin duda alguna, el más grave y causante de mayor conmoción– contribuyeron a provocar entre los intelectuales hispanoamericanos que he incluido en la propuesta generación, una actitud de reproche y repulsa hacia los Estados Unidos a los que acusaban de afán imperialista y avasallador, afán que se seguiría manifestando con el paso de los años: intervenciones en Nicaragua, en Cuba –no olvidemos la enmienda Platt impuesta por el Congreso americano y por la que el gobierno de la Isla se veía obligado a conceder a Estados Unidos el derecho a intervenir en los asuntos internos de Cuba–, en México, en la República Dominicana, en la que el desembarco de los «marines» en 1916 sería tan duramente criticado por Henríquez Ureña.

Si el Desastre del 98 se presenta como una de las causas determinantes de la generación española, no parece arriesgado afirmar que para una sensibilidad hispanoamericana mayor gravedad entrañaban las sucesivas agresiones y violencias ocasionadas por las aludidas intervenciones estadounidenses con la consiguiente pérdida o menoscabo de la independencia y soberanía nacionales.

Pero al lado de estos hechos políticos, de estas acciones militares, hay que situar como otro acontecimiento que explica la conciencia generacional de este grupo de escritores, la publicación en Montevideo y en 1900 de un breve libro titulado *Ariel*, que pretendía ser signo y bandera de una actitud moral despertadora de conciencias frente al estilo de vida y a la escala de valores defendidos por la civilización norteamericana. Su autor, un joven escritor uruguayo: José Enrique Rodó.

Ariel se convertiría muy pronto «en el libro de cabecera de toda una generación», o como ha escrito el historiador peruano Luis Alberto Sánchez: «Desde que apareció *Ariel*, la juventud americana lo convirtió en su breviario espiritual». Era un libro que «fue leído primero como un manifiesto y, en las dos décadas siguientes, como un evangelio para la acción» (J. M. Oviedo).

En aquellas páginas, que alcanzaron rápida difusión, lectura y comentario entre los espíritus despiertos de muy distintos países iberoamericanos, se pretendía salir al

paso de la encendida admiración y asombro provocados por el prodigioso desarrollo alcanzado por Estados Unidos en virtud de un rotundo pragmatismo.

Con una prosa discursiva y preciosista, propia del modernismo literario entonces reinante, pretendía el pensador uruguayo poner en guardia a la juventud de América –a la que dedicaba el libro– «contra el remedo a ciegas de una civilización que él veía como magnífico torso, pero no como estatua terminada» por decirlo con frase de Henríquez Ureña. Rodó pretendía avisar del peligro de dejarse arrastrar no por el impulso de Ariel, la parte noble y alada del espíritu, sino por el de Calibán –las dos figuras simbólicas creadas por Shakespeare en *La Tempestad*–, aquel salvaje y deforme esclavo del utilitarismo y la sensualidad sin ideal. «Los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario», escribía Rodó.

Desde el primer momento se interpretó el libro de Rodó como un ataque a los Estados Unidos, un producto más contra la «nordomanía» denunciada por el propio Rodó, quien no pretendía con su mensaje sino exaltar los valores de la cultura clásica frente a la falta de idealismo y de poesía, la carencia de buen gusto, la mediocridad popular y moral, la búsqueda del éxito como finalidad suprema de la vida, defectos todos que él achacaba a los norteamericanos.

Lo cierto es que *Ariel* alcanzó un inusitado éxito al que contribuyeron los comentarios y controversias en foros y prensa.

Todo un movimiento, el «arielismo», dejó sus huellas en las letras y el pensamiento hispanoamericano. Hay un libro del historiador y crítico peruano Luis Alberto Sánchez –*Balance y liquidación del novecientos*– que es como una crónica del movimiento arielista.

Lo que es evidente es que *Ariel* fue motivo de reflexión para cuantos integraban las minorías pensantes de los pueblos hispanoamericanos. Casi todos los escritores que he citado como incorporables a la generación del 98 hispanoamericano, comentaron el libro del pensador uruguayo. En 1910 y en una conferencia dada en la ciudad de México decía Henríquez Ureña: «No vacilemos ya en nombrar a José Enrique Rodó entre los maestros de América. Rodó es el maestro que educa con sus libros, el primero, quizá, que influye sólo con la palabra escrita». Y respecto a la significación de su mensaje, tenemos el testimonio del gran humanista mexicano Alfonso Reyes, quien en 1917 escribía: «Y entonces la primera lectura de Rodó nos hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de la conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana». En 1918 escribiría Gonzalo Zaldumbide que Rodó, fallecido pocos meses atrás, era «el primer prosista de América».

Pero no todo fueron elogios y reconocimientos. Desde el primer momento no faltaron voces que subrayaban el hecho paradójico de que en las páginas de *Ariel* se hablase de ocio helénico y de fruición estética a gentes agobiadas por necesidades primarias. Y ya en 1905 el historiador peruano José de la Riva Agüero en su libro *Carácter de la literatura del Perú*, escribía: «Francamente, si la sinceridad de Rodó no se transparentara en cada una de sus páginas, era de sospechar que *Ariel* esconde una intención secreta, una sangrienta burla, un sarcasmo acerbo y mortal.

Proponer la Grecia antigua como modelo para una raza contaminada con el híbrido mestizaje con indios y negros; hablarle de recreo y juego libre de la fantasía a una raza que si sucumbe será por una espantosa frivolidad; celebrar el ocio clásico ante una raza que se muere de pereza...».

Reproches análogos podrían aducirse debidos a la pluma de sus compatriotas García Calderón y Luis Alberto Sánchez. Mas en nuestros días el escritor y político argentino Jorge Abelardo Ramos comentaba que Rodó «propone un retorno a Grecia, aunque omite indicar los caminos para que los indios, mestizos, peones y pongos de América Latina mediten en sus yerbales, fundos o cañaverales sobre una cultura superior».

Pero Rodó no fue sólo el autor de *Ariel* sino de otros libros y artículos donde expresó un mensaje de americanidad. Ya en sus años de juventud hablaba del «triumfo de la unidad política vislumbrada por la mente del Libertador» en una carta de 1896 al escritor argentino Manuel Ugarte. Y en 1905 hablará de la «magna patria»: «Patria es, para los hispanoamericanos, la América española». Y en un artículo escrito en Roma en diciembre de 1916, es decir, pocos meses antes de su muerte, afirmaba que si le preguntaran cuál podía ser su obra y acción más profunda, cuál su esfuerzo más prometedor de gloria y bien, su respuesta sería: «Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma invisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra».

He querido extenderme en la consideración de la figura intelectual de José Enrique Rodó porque en ella confluyen las dos líneas primordiales presentes en los textos de los autores que cité al principio de mi exposición. Es decir, de una parte el recelo y rechazo de la influencia norteamericana, que en un plano político puede traducirse en una actitud antiimperialista y de otra parte, la defensa de la unidad de los pueblos hispánicos, adhesión a una Magna Patria proclamada en los textos de Rodó y Henríquez Ureña, a la Patria Grande en expresión de Ugarte, a la *raza cósmica* propuesta por Vasconcelos, a la vocación continental con que, en un plano político, fundó Haya de la Torre en 1924 el APRA.

Son numerosos los textos que se podrían aducir como testimonio de estas dos actitudes. En primer lugar los bien conocidos poemas que Rubén Darío, adelantado de la generación propuesta, incluyó en su libro *Cantos de vida y esperanza* (1905), libro expresivamente dedicado a José Enrique Rodó. Así los sonoros versos de la *Salutación del optimista*:

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda, espíritus fraternos,
luminosas almas, ¡salve!

o los del poema *Al rey Oscar*

¡Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial alimente un ensueño
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,

un buscado imposible, una imposible hazaña
una América oculta que hallar, vivirá España!

o los tantas veces citados de la oda a Roosevelt, a quien increpa

Tened cuidado. ¡Vive la América española!

.....

Y, pues contais con todo, falta una cosa: ¡Dios!

o aquellos otros interrogantes e irónicos del poema *Los cisnes*

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

Otro poeta, el peruano Santos Chocano denuncia la voracidad de los Estados Unidos en versos no menos sonoros y rotundos

Los Estados Unidos como argolla de bronce
contra un clavo torturan de la América un pie,
y la América debe, ya que aspira a ser libre,
imitarles primero e igualarles después.

Del fervor e ingenuidad de los poetas, pasemos a los textos en prosa. Las protestas por la actitud yanqui son numerosas. Un amigo y biógrafo de Rodó, Victor Pérez Petit, escribiría: «Un nuevo Bolívar nos habría llenado de orgullo... Pero lo que no admitíamos era la intervención de Norteamérica».

Y Manuel Ugarte en su artículo «El peligro yanqui» publicado en 1901, sostenía que «la política exterior de los Estados Unidos tiende a hacer de la América Latina una dependencia y extender su dominación en zonas graduadas que se van ensanchando primero con la fuerza comercial, después con la política y por último con las armas. Nadie ha olvidado que el territorio mexicano de Texas pasó a poder de los Estados Unidos después de una guerra injusta».

Esta bandera antiimperialista la mantendrá enarbolada Manuel Ugarte durante toda su vida. En una conferencia pronunciada en la Universidad de Columbia, en 1912, diría: «Nos sublevamos contra la tendencia a tratarnos como raza subalterna y conquistable». Esta actitud la expondrá en discursos, artículos, libros: *El porvenir de la América española*, *El destino de un continente*, *Mi campaña hispanoamericana*, *La Patria Grande* y *La reconstrucción de Hispanoamérica*... En esa campaña gastará la fortuna heredada de su padre, consumirá el dinero obtenido por la venta de su biblioteca. No le importa la falta de audiencia y respaldo que encuentra en su patria ni la incomprensión de quienes son sus compañeros de partido –los socialistas argentinos– durante algunas etapas de su vida.

Otro escritor alerta a las actitudes antimperialistas y promotor del espíritu hispanoamericano, fue José Vasconcelos. «La generación a la que pertenezco ha visto renacer el anhelo iberoamericano», escribió en 1926. Su sugestiva personalidad, su poliédrico saber y su prodigiosa prosa le hicieron una de las figuras más interesantes de las letras y del pensamiento no sólo de México sino de toda Hispanoamérica. Fue Secretario de Educación Pública de 1921 a 1924, puesto que desempeñó «no como se maneja un Ministerio sino como se encabeza una cruzada» en frase feliz de Octavio Paz. Por aquellos años fue nombrado Maestro de la Juventud en varios países americanos y para agradecerlo escribió bellísimas cartas a los jóvenes colombianos - dirigida a Germán Arciniegas - y a los peruanos de Trujillo. Su posición quedó expuesta en sus libros, en particular en *Indología y Bolívarismo y monroísmo* en el que define ambos conceptos: «Llamaremos bolívarismo el ideal hispanoamericano de crear una federación con todos los pueblos de la cultura española. Llamaremos monroísmo el ideal anglosajón de incorporar las veinte naciones hispánicas al imperio nórdico mediante la política de panamericanismo».

Quisiera subrayar al hilo de la cita que acabo de leer, que las actitudes de reacción frente a los Estados Unidos coinciden con el propósito de promover la unidad de los pueblos de estirpe hispánica en una entidad superior. Ya antes hice referencia al concepto de Patria Grande en Ugarte, de magna patria en Rodó, Esa misma idea de la magna patria la encontramos en Henríquez Ureña cuando escribe: «La unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una «magna patria», una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más».

Pertencen esas palabras a la conferencia que con el título de *La Utopía de América* pronunció en la Universidad de La Plata en 1922, un texto fundamental en el pensamiento de su autor.

Otro testimonio quiero citar en este mismo orden de cosas porque lo encuentro muy significativo: el del médico y filósofo argentino José Ingenieros. Hijo de un matrimonio italiano emigrante, es un ejemplo más de la rápida movilidad social que proporcionaba la Argentina de aquellos años: se graduó, primero, en Farmacia, luego estudió Medicina pero con gran preocupación por los temas filosóficos, como reflejan los títulos de sus libros: *El contenido filosófico de la Argentina* (1915), *La última filosofía en España* (1916), o *La evolución de las ideas argentinas* cuya primera parte apareció también en 1916.

Ingenieros fue sin duda una de las personalidades argentinas más interesantes del primer cuarto de nuestro siglo. Lo traigo de nuevo a colación porque en 1925, el año en que había de morir -muy joven por tanto- participó activamente en la fundación en Buenos Aires de la Unión Latinoamericana, junto con el también socialista Alfredo L. Palacios, Gabriel del Mazo y Julio V. González. En el acta fundacional, redactada por Ingenieros, se decía:

«La Unión Latinoamericana afirma su adhesión a las normas que se expresan, solidaridad política de los pueblos latinoamericanos y acción conjunta de todas las posiciones de interés mundial, repudiación del panamericanismo oficial y supresión de la democracia secreta».

También en 1925, se celebró en París un acto público de signo antiimperialista en el que participaron oradores tan significativos como José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Ingenieros, Miguel Ángel Asturias y nada menos que don Miguel de Unamuno y quien por entonces era su asiduo acompañante, José Ortega y Gasset. En aquella ocasión, de nuevo Ingenieros afirmó su posición; «La nueva juventud americana ha precisado la lucha contra el imperialismo yanqui, y todos los hombres mayores, sumados a las filas juveniles deben declararse guiados y no guías».

Pues bien, paralelamente a esta idea de la unidad hispanoamericana se fue produciendo, y esto es algo que deseo subrayar, un movimiento de acercamiento intelectual y cultural a España por buena parte de los escritores de que vengo hablando: Vasconcelos proclama su reconocimiento a la historia común de España y América; Gonzalo Zaldumbide, tan admirador de la cultura francesa no vacila en ensalzar la obra de España en América; Henríquez Ureña viene a Madrid y se incorpora a las tareas del Centro de Estudios Históricos que dirige don Ramón Menéndez Pidal (donde coincide con el mexicano Alfonso Reyes); José Ingenieros dicta en la Universidad de Buenos Aires en 1916 un curso sobre *La cultura filosófica en España* (recordemos que por entonces inaugura sus tareas en Buenos Aires la Institución Cultural Española fundada en 1914 por el dr. Avelino Gutiérrez); Manuel Ugarte publicó varios de sus libros en Madrid, ciudad que visitó en distintas ocasiones; es en Madrid en donde Blanco Fombona funda su editorial, etc., etc.

Si hubiese tiempo para hablar de la generación literaria formada por los nacidos en torno al año 1900 –Alfonso Reyes, Martínez Estrada, Benjamín Carrión, Germán Arciniegas, Gilberto Freyre, Luis Alberto Sánchez, Picón Salas, Uslar Pietri, etc.–, veríamos en qué medida unos y otros vivieron una intensa relación con los temas españoles.

El tiempo ha pasado y debo entrar en el tramo final de mi exposición. No sé en qué medida ha quedado claro que en un grupo de escritores hispanoamericanos nacidos en el último tercio del siglo XIX hubo una conciencia generacional suscitada por la guerra de España y Estados Unidos en 1898 y por otras intervenciones que posteriormente fueron muestras de la voluntad hegemónica de Estados Unidos. A esa conciencia y en el campo de las ideas contribuyó la publicación del libro *Ariel*.

Permítanme ahora que dedique los últimos minutos a formular una pregunta e intentar la respuesta correspondiente: ¿Qué resonancias, qué ecos suscitó en España la actitud intelectual y política de aquel grupo de hombres?. Dicho de otra manera: ¿en qué medida hubo una relación entre los integrantes de una generación y la otra?

No constituye novedad alguna recordar que el libro de Rodó fue inmediatamente comentado por figuras tan relevantes de nuestras letras como Miguel de Unamuno, «Clarín», Juan Valera, Rafael Altamira, Eduardo Gómez de Baquero... El elogio fue unánime y todos reconocieron la sugestiva personalidad literaria del joven pensador. Valga como cita expresiva este texto de «Clarín» (abril de 1900): Rodó «sabe que hoy los Estados Unidos del Norte procuran atraer a los americanos latinos, a todo el Sur, con el señuelo del panamericanismo; se pretende que olviden lo que tienen de latinos, de españoles, mejor, para englobarlos en la civilización yanqui, se les quiere inocular el utilitarismo angloamericano».

Pero al margen de esta reacción respecto al libro de Rodó ¿cuál fue la actitud de los integrantes de la generación española del 98 respecto a las cuestiones americanas? Salvo la voz egregia de don Miguel de Unamuno y la menos decisiva de José María Salaverría, el resto de los miembros del grupo apenas si se plantearon con rigor nuestras relaciones con los pueblos de nuestra estirpe. Años más tarde sería Ramiro de Maeztu quien situase en un primer plano la idea de la Hispanidad, palabra lanzada por Unamuno. Pero en el tiempo inmediato al Desastre faltó sensibilidad y simpatía para comprender y compartir las ideas y sentimientos de cuantos intelectuales americanos alzaron la bandera de la unidad de sus pueblos o manifestaron hostilidad hacia las intervenciones e intromisiones de Estados Unidos.

Faltó también, me parece, una política exterior clara y definida en relación con nuestra América, quizá porque la preocupación en este orden de cosas era tener una presencia más viva y operante en Europa.

A este respecto quiero recordar un artículo de Ortega y Gasset publicado en febrero de 1916 en la revista *España* en el que subrayaba la falta de adecuada reacción del gobierno español respecto de la decisión del general Carranza de expulsar de México a nuestro representante diplomático. La conclusión a la que llega Ortega es tan rotunda y grave como ésta: «España es el único país que no tiene una política de América».

No sé en qué medida era justa o exagerada esta afirmación. Cabe pensar que nos faltó pulso, tensión para replantear las relaciones políticas, culturales, económicas en muy diversos niveles e instancias. Alguna experiencia positiva—así el viaje de la Infanta Isabel a Buenos Aires con ocasión del Centenario de la Independencia— no trajo mayores consecuencias. Se habló, por ejemplo de un viaje del Rey hacia 1921, lo que animó a nuestro gran hispanoamericanista, don Rafael Altamira, a escribir un libro, *La política de España en América*, en donde repetía una vez más lo que venía presentando desde hacía diez años como un programa de actuaciones de España en Hispanoamérica en materia de defensa del idioma, política del libro, asistencia a la emigración, fomento de los trasportes, establecimiento de centros docentes, etc. Pero el viaje del Rey no tuvo lugar y las recomendaciones del profesor Altamira no pasaron de ser loables iniciativas...

Perdón, veo que me he alejado de ese tramo final que antes anunciaba pero también veo que debo terminar. A la hora de revisar y analizar en estas Jornadas qué fue aquel hecho histórico del 98 y cuáles fueron sus consecuencias en el campo de las letras y del pensamiento, me parecía justo y necesario recordar—aunque no fuese más que como una hipótesis de trabajo necesitada de contraste e investigación— lo que al otro lado del Atlántico pensaron y soñaron unos escritores, unos intelectuales a los que he pretendido encuadrar como la generación hispanoamericana del 98.